

De la “convergencia cívico militar” al “viraje revolucionario”. La crisis del Partido Comunista durante los años 80

Natalia Casola

(FyL-UBA/ Conicet)
nataliacasola@hotmail.com

Las jornadas del 4 al 8 de noviembre de 1986 trascenderían en la memoria del Partido Comunista como un momento refundacional, la culminación del autodenominado “viraje revolucionario”. Durante el XVI Congreso se formularon una serie de proposiciones que tenían por finalidad corregir las “desviaciones de derecha” que, según parecía ser la opinión mayoritaria, habían sido responsabilidad de la “vieja” dirección del partido, compuesta por dirigentes anquilosados. Para un sector importante de la militancia, el Congreso debía reorganizar al comunismo sobre bases nuevas, más radicales y a tono con los vientos de lucha que recorrían América Latina. El presente artículo se propone analizar el contexto de crisis y deliberación interna que atravesó al PC durante el periodo pre y pos congresal, para luego examinar los principales nudos de revisión programática plasmados en aquellas jornadas. El objetivo es visualizar las distintas propuestas que se enfrentaban al interior del partido y luego revisar los núcleos de continuidad y ruptura respecto de su programa histórico, el Frente Democrático Nacional.¹

La etapa del llamado “viraje” comenzó en 1984 con el balance sobre la actuación del partido durante los años de la dictadura militar y el resultado electoral de 1983. La magnitud de la crisis interna reclamaba el inmediato inicio de las deliberaciones y el compromiso activo con el cambio de rumbo. Para los militantes, sobre todo para los más jóvenes,

1. El llamado Frente Democrático Nacional constituía la expresión nativa de la estrategia de revolución democrática. Según esta última idea, en los países oprimidos era posible separar esta etapa de la revolución socialista. Sostenía que en los países “atrasados” o “semifeudales” la tarea de los comunistas consistía en desarrollar el capitalismo, introducir la reforma agraria, fortalecer la burguesía nacional y el crecimiento del proletariado. En este punto de vista se negaba la posibilidad de realización del socialismo en aquellos lugares del mundo donde las fuerzas productivas no estuviesen suficientemente desarrolladas por la burguesía. Para ampliar, véase el artículo de Hernán Camarero contenido en este número de *Archivos*.

era necesario poder encontrar respuestas: ¿Por qué los comunistas habían retirado a sus candidatos para apoyar a Luder, o en la provincia de Buenos Aires, nada más ni nada menos que a Herminio Iglesias? ¿Cómo fue que se había llegado a la situación de afirmar que Videla era un militar “moderado”? ¿Por qué razón la relación con el peronismo había oscilado entre su rechazo, en favor de las alianzas con sectores liberales, y el seguidismo acrítico? ¿Era el Partido Comunista el partido de la revolución?

En nuestra visión, el “viraje” plasmado en el Congreso de 1986 expresó la voluntad y el intento por parte de la dirección partidaria, parcialmente renovada por la generación de los jóvenes de los 70,² de encauzar la crisis y acertar en un balance “oficial” que permitiera canalizar las diferentes visiones y expectativas. De esta manera, la oficialización de la “autocrítica” permitió contener, al menos durante algunos años, el proceso de crisis interna e insuflar una nueva imagen reflexiva, democrática.

Por otro lado, este trabajo sostiene que en el terreno de la autopercepción la etapa del “viraje” efectivamente se dirigía a revolucionar la política y la vida interna del partido. Para los militantes que transitaron aquel período la existencia misma del debate sobre las formas de construcción partidaria, las críticas al personalismo y a la burocratización marcaban un cambio de rumbo. Para ellos, la radicalización política consistía en el abandono de la ortodoxia identificada con la excesiva influencia de la Unión Soviética y la construcción de una identidad basada en América Latina. Asimismo el acercamiento a las experiencias armadas y la posibilidad de iniciar en Argentina, junto a otras organizaciones de izquierda, un proceso similar al de Nicaragua o El Salvador eran tomados como pruebas del giro indefectible que asumía el partido. Sin embargo, a pesar de la radicalización discursiva y los cambios en la composición de las alianzas, sostenemos que en la propuesta del XVI Congreso hubo más continuidad que ruptura con relación a la política histórica del PC. Aunque el “viejo” sector “liberal” y “antiperonista” fue desplazado por uno más proclive a generar alianzas con el peronismo y con la izquierda, ambos continuaban manteniendo lo esencial del Frente Democrático Nacional: la revolución socialista seguía quedando subordinada a la realización de un frente de liberación nacional compuesto por diversas clases sociales. Se hacía un abandono formal de la ortodoxia “etapista” pero en la práctica el PC insistía en la misma lógica que había guiado la acción del partido durante casi toda su historia. En el mismo sentido, la reflexión sobre la lucha armada se hacía en función de proteger la

2. En esos años fallecieron Arnedo Álvarez, Orestes y Rodolfo Ghioldi y Héctor Agosti. Desde 1980 Athos Fava era Secretario General.

democracia, en este caso encarnada en el gobierno de Alfonsín. De esta manera, los razonamientos del PC continuaban ceñidos a su propia tradición rica en planteos de defensa de la “legalidad” constitucional. Estas contradicciones no pasaron inadvertidas para muchos militantes y las críticas comenzaron a circular no bien terminado el Congreso. Además, a diferencia de lo que había ocurrido en el pasado, las tendencias internas existían de hecho y la unidad de la línea se tornaba imposible. En este cuadro, pensamos que la escasa cultura de debate pudo dejar a la nueva dirección sin herramientas para procesar una elaboración política más profunda y, por eso, el fraccionamiento no tardó en transformarse en una nueva realidad.

El PC durante la transición

Las razones inmediatas de la crisis interna del partido deben buscarse en la política sostenida durante la última dictadura militar. En aquellos años, el PC argumentaba que en Argentina no había una dictadura sino un proceso disputado por dos tendencias. Los llamados “moderados” encabezados por el presidente Videla y los “pinochetistas” o “fascistas” que buscaban imponer un verdadero baño de sangre. Frente a este cuadro el PC proponía el apoyo “táctico” a los primeros y el llamado a construir una “convergencia cívico militar” con vistas a una futura normalización institucional. Esta posición inicial fue sostenida durante prácticamente toda la dictadura a pesar de que existían evidencias abundantes que mostraban la responsabilidad de toda la Junta Militar en la instrumentación del sistema de terror. Pese a que la represión era palpable para la militancia, en general esta permaneció abroquelada detrás de las posiciones del partido. Esta actitud en buena medida se explica por los requerimientos de la disciplina pero, también, porque confiaban en la información que la dirección tenía sobre las internas militares. Además, el partido era legal y muchas de sus actividades toleradas. Por si fuera poco, los militares mantenían una inédita relación de colaboración con la Unión Soviética. No obstante, aunque la militancia repetía la línea oficial, la represión no pasaba inadvertida y conforme transcurría el tiempo iban descubriendo la distancia que había entre las posiciones oficiales y la realidad. Sin embargo, el escenario para la manifestación de las críticas sólo quedó abierto hacia fines 1982 cuando la crisis de la dictadura comenzó a hacerse evidente.

En aquel contexto el PC se sumó a la iniciativa de construcción de la Multipartidaria, una herramienta concebida por los partidos mayoritarios para negociar con el régimen militar y acordar los términos de una transición gradual que culminara en el llamado a elecciones y en la restauración de la democracia. Aunque nunca fue admitido plenamente

como miembro, la Multipartidaria sintetizaba la propuesta del PC. Antes del golpe de Estado el comunismo había caracterizado que la salida de la crisis política dependía de la capacidad de los partidos y de las Fuerzas Armadas para conformar una "Multisectorial". Esa propuesta no había sido descartada y por eso el "gobierno cívico militar" se transformó en la consigna principal del comunismo. De esta manera, cuando se conoció el documento fundacional de la Multipartidaria el PC celebró la novedad y presionó al radicalismo y al peronismo para que ampliasen la convocatoria a todos los partidos políticos.

Desde entonces, la política del PC consistió en el respaldo a las instancias de diálogo y concertación entre los partidos y las Fuerzas Armadas. Pero el clima de descomposición del régimen militar, acelerado tras la derrota de Malvinas, desató la tendencia a la radicalización de las bases del partido cuya consecuencia fue el desplazamiento hacia la izquierda. En septiembre de ese año se realizó el primer acto público en el Luna Park con las intervenciones de Athos Fava y Patricio Echegaray. Allí, por última vez se habló de "convergencia cívico militar". La silbatina fue contundente. Desde aquel momento la consigna fue reemplazada por la de "contra el golpe y el continuismo" que planteaba, por primera vez desde 1976, la necesidad de oponer una posición independiente de las internas militares, que en opinión del partido, debía provenir de la Multipartidaria.

La activación del cronograma electoral durante ese año encontró al Partido Comunista en una buena situación, porque contaba con una red nutrida de locales partidarios y una estructura que había sobrevivido sin grandes pérdidas a la suspensión de la actividad política. Durante 1982 y 1983 era común encontrar en la prensa del partido numerosas noticias sobre el éxito de las campañas de afiliación y el crecimiento de la militancia comunista. El 21 de abril de 1983 se proclamó públicamente la fórmula presidencial Rubens Íscaro e Irene Rodríguez en un acto realizado en el Parque Rivadavia que llegó a congregarse cerca 35.000 asistentes. A pesar de la proclamación oficial de las candidaturas comunistas, ya en ese momento se dejaba abierta la posibilidad de "alcanzar un acuerdo multipartidario" e ingresar en un frente porque "ninguna agrupación, por importante que sea, podrá alcanzar por sí sola los graves problemas que sufrimos".³ De esta manera el PC se proponía como el partido para el consenso democrático, una continuidad de la política de "convergencia" sin la inclusión de los militares.

En el mes de septiembre se realizó el XV Congreso partidario. Allí, la dirección decidió saldar lo que se reprochaban no haber hecho diez años antes frente a la elección que llevó a Héctor Cámpora a la

3. *Clarín*, "Proclamaron a Íscaro-Rodríguez", 22 de abril de 1983, p. 4.

presidencia. Toda la táctica de aquel congreso se centró en crear las condiciones para justificar el abandono de las candidaturas propias y brindar apoyo electoral al Justicialismo al que le reclamaban que condujera un “frente de liberación”. El argumento utilizado para justificar el acompañamiento a Ítalo Luder no era nuevo. El PC sostenía que la clase obrera era peronista y, por tanto, colocarse en la oposición era aislarse de los trabajadores. Además, la dirección evaluaba que el peronismo, si no quería volver a fracasar, no tendría más camino que sumarse a un proyecto de liberación nacional. A los pocos días de terminado el congreso el retiro de los candidatos a la presidencia fue un hecho. Evidentemente el análisis desconsideraba las transformaciones acaecidas al interior del peronismo, además de los múltiples signos de cambio de época. Pero en un nivel más profundo, la decisión de no presentar candidatos propios ponía de relieve un primer balance acerca de su propia actuación en el pasado reciente. Para un sector que comenzaba a tomar preponderancia en los espacios de dirección, parte de los errores del pasado radicaba en el excesivo “liberalismo” que había dominado la orientación del partido y que los había apartado del peronismo tanto en 1946 como en 1973.

Sin embargo, los resultados electorales mostraron que un sector importante de la población identificaba a la dirigencia peronista con el gobierno de Isabel Perón, la violencia y el desenlace dictatorial. El triunfo lo obtendría Raúl Alfonsín. En las categorías legislativas en las que el PC sí llevaba candidatos propios los resultados fueron marginales. En Capital Federal, por ejemplo, obtuvieron el 2,41% de los sufragios; en provincia de Buenos Aires el porcentaje alcanzado fue de 1,6%, mientras que en el resto de las provincias en ningún caso lograron superar la barrera del 0,7% de los votos.⁴ El ensayo del “perocomunismo” y el fracaso electoral sería la última frontera a trasvasar antes del inicio de las deliberaciones internas, los cuestionamientos y la oficialización del “viraje”.

En ese contexto, la dirección nacional era consciente que de no producir un balance la crisis estallaría poniendo en peligro la propia supervivencia del partido. Los promotores del cambio fueron la generación de los jóvenes militantes de los años 70 que habían alcanzado posiciones importantes dentro del partido, junto a un sector de la “vieja guardia” que se sumaba con algunas resistencias, pero convencidos de la inevitabilidad del proceso. En las bases existía una gran expectativa, sobre todo entre los militantes recientemente incorporados, que veían con entusiasmo la evolución de la victoriosa revolución sandinista en

4. Para un detalle completo de los porcentajes y la cantidad de votos que representan, véase sitio oficial del Ministerio del Interior, “Estadística Electoral”.

Nicaragua, la ofensiva del Farabundo Martí en El Salvador y la fundación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez en Chile. En su visión proporcionaban los antecedentes, los ejemplos que debía tomar el PC nativo. Desde entonces, comenzaron a circular los primeros gestos del “viraje”. En octubre de 1984, en Rosario, se realizó el primer acto de homenaje a Ernesto “Che” Guevara, lo que significaba que un viejo “hereje” ingresaba al panteón comunista. Asimismo, informalmente los militantes empezaron a imponer la lectura de Mariátegui y de Shafik Handall, que no se encontraban entre los textos habilitados por la Comisión de Control. En abril de 1985 se inauguró la “Ferifiesta”, una jornada anual de esparcimiento destinada a movilizar al conjunto del partido y mostrar el grado de influencia alcanzado en la cultura y el espectáculo. También en ese año, como veremos más adelante, se concretó el inédito acercamiento a una fuerza de la izquierda trotskista, el Movimiento al Socialismo (MAS), con quienes fundaron el Frente del Pueblo. Simultáneamente enviaron, a instancias de la FJC, los primeros grupos de jóvenes a participar del proceso revolucionario de Nicaragua para colaborar en la cosecha del café. Estos jóvenes, agrupados en el Movimiento de Brigadistas Libertador General San Martín a cargo de Jorge Garra se propusieron retomar las tradiciones de solidaridad internacional e incidir en la evolución de la revolución sandinista (Fernández Hellmund, 2010). Igualmente, en 1986 parte de esa brigada viajó para incorporarse al proceso de El Salvador.⁵

Había una nueva situación interna. Se destacaba el inconformismo y simultáneamente el entusiasmo de las bases. De conjunto, puede afirmarse que los primeros años del gobierno de Alfonsín fueron de crecimiento para el PC. Militantes que provenían de experiencias y tradiciones diversas de la izquierda y que habían quedado “huérfanos” de organización bajo la dictadura comenzaron a sumarse a sus filas en las universidades y en el movimiento obrero, entusiasmados por el aumento de la participación política que atravesaba a toda la sociedad. De este modo el PC comenzó a transformarse en un espacio de canalización política para sectores de militantes que no habiendo renunciado a los ideales de izquierda e inclusive a los proyectos revolucionarios de los 70, se incorporaban con la expectativa de dar continuidad a los proyectos desactivados por la dictadura militar.

5. Marcelo Feito fue uno de los brigadistas que cayó combatiendo en El Salvador el 16 de septiembre de 1987. Véase *Nuestra Propuesta*, 29 de septiembre de 2007. En línea: <http://www.nuestrapropuesta.org.ar/843>

El difícil balance interno

Para la militancia comunista resultaba bochornoso descubrir hasta qué punto su partido había sostenido durante la dictadura una política de condescendencia con los militares. Por eso, a contramano del balance general de los partidos en los 80, la “autocrítica” del PC tenía menos que ver con la impugnación de la violencia que con una trayectoria partidaria juzgada retrospectivamente como “reformista” o directamente de derecha. En ese contexto, marcado por la fuerte pérdida de legitimidad de los proyectos revolucionarios tal y como fueron desplegados durante los años 70 y de desplazamiento de sus sobrevivientes hacia los horizontes del “liberalismo”, los comunistas comenzaban a balancear que el problema del partido, en cambio, había radicado en su excesivo liberalismo y su escasa peronización. Esta situación, combinada con la cultura del personalismo y de la infalibilidad de la dirección, habían generado las condiciones de posibilidad para que la “desviación de derecha” no hubiese encontrado resistencias. En 1986 los documentos de la dirección nacional dirigidos al Congreso reconocían la crítica al “mando y obedezco” lo que ponía de manifiesto “una verdadera crisis de credibilidad, de confianza en la dirección”. Fue quizás este aspecto el primero en obtener el reconocimiento oficial, quizás porque permitía recortar la responsabilidad en un grupo de personas sin desentrañar las raíces de aquel pernicioso modo de estructuración ni las condiciones históricas para la posición asumida en 1976.

Hay que decir que el tema de los métodos de dirección nos sorprendió por la magnitud y el espacio que ocupó en el debate. Pareció estallar algo que venía de lejos, trayendo consigo una verdadera crisis de credibilidad, de confianza en la dirección [...] Se desnudaron nuestros viejos defectos de formación, las transgresiones al centralismo democrático, la persistencia del “orden y mando” y los resabios del culto a la personalidad en los diferentes niveles que en definitiva es uno de los orígenes de lo que llamamos criterio de “infabilidad”, de la soberbia y de los mecanismos de autocríticas “para abajo”, es decir, “después de uno”.⁶

Para contrapesar esta tradición la dirección partidaria comenzó a postular con un nuevo énfasis la figura de Héctor Agosti. Este intelectual, quizás el más reconocido del PC, fue hasta su fallecimiento en julio de 1984 sinónimo del pensamiento autónomo y crítico. Así, *Cuadernos de*

6. “Frente y acción de masas por la Patria liberada”, Informe del Comité Central del Partido Comunista al XVI Congreso, 4 de noviembre de 1986, p. 16

Cultura n° 3, correspondiente al verano de 1985, fue completamente dedicado a su figura. Aunque el espacio otorgado se vinculaba a su reciente fallecimiento, en el contenido de las notas se percibe el clima de revisión. Porque la reivindicación de Agosti representaba la crítica a la ortodoxia tanto como tendía un puente hacia la “reconciliación” si se tiene en cuenta que su “autonomía” intelectual no lo había llevado a alejarse del partido. No por casualidad, la memoria histórica del comunismo repite que habría sido el único en oponerse al Comité Central que aprobó la línea de apoyo “táctico” al gobierno de Videla. Así, Agosti se transformó en un emblema del “viraje” porque permitía formular los desacuerdos sin necesidad de encontrar inspiración afuera del partido.

Hasta el Congreso, las iniciativas de autorreforma tomadas por la dirección fueron suficientes como para entusiasmar a las bases con la idea de un retorno a la política revolucionaria y contener las diferencias. Quizás por esa razón Patricio Echegaray, que por entonces se encontraba al frente del periódico partidario *Qué Pasa?*, puede afirmar que “fue un viraje en unidad. Fue un proceso yo diría, oficial. El viraje fue un proceso oficial y en la cabeza estuvo el Secretario General del Partido, el camarada Athos Fava. No fue hecho contra nadie. Fue hecho en pro de ciertas visiones”.⁷

Entre 1984 y 1985 el clima de deliberación había alcanzado a todo el partido pero el control permaneció en manos del sector del Comité Central encabezado por el Secretario General Athos Fava con el apoyo de un sector más joven que comenzaba a tomar responsabilidades dentro del aparato. El más prominente de esta camada, cuya posición se había consolidado durante el período de la dictadura militar, era Patricio Echegaray, que en 1980 había sido designado Secretario General de la FJC. En los primeros tiempos del debate la dirección pudo presentar las “Tesis” al Congreso como parte de un esfuerzo de elaboración unitario. Tal es así que entre los redactores de las mismas, que datan de diciembre de 1985, se encontraban –además de Athos Fava, Alberto Kohen y Patricio Echegaray, quienes pasarían a la historia como parte de la camada “renovadora”–, Rubens Íscar y Fernando Nadra, quienes serían anatematizados posteriormente como “fraccionistas”.

Sin embargo ese clima de “unidad” duró poco tiempo y desde comienzos de 1986 comenzaron a percibirse las fisuras. Promediando el año se produjo la expulsión de una primera tanda de dirigentes entre los que se encontraba Fernando Nadra, uno de los miembros más prominentes del Comité Central. En las semanas previas al Congreso se realizaron encuentros regionales con el objetivo de elegir las nuevas conducciones y anticipar los debates. Ya entonces era un hecho que el Congreso se

7. Entrevista a Patricio Echegaray realizada por la autora en mayo de 2010.

llevaría adelante en un clima de fuerte oposición entre “veteranos reformistas” y jóvenes “renovadores”.

Así se fue avanzando hasta el 4 de noviembre de 1986. Con un quórum de 543 delegados sobre 673 se inició en Parque Norte el XVI Congreso de los comunistas de Argentina bajo el lema por un “Frente de Acción de masas y por la Patria liberada y el socialismo”.⁸ Con una gran cobertura mediática el Congreso sancionó el “viraje” y consolidó un importante cambio en la dirección cercana a un 50% del Comité Central. En aquellas jornadas los “renovadores” encabezados por Athos Fava, Patricio Echeagaray, Eduardo Sigal, Jorge Pereyra, entre otros, y con el acompañamiento de reconocidos militantes como Fanny Edelman, Alcira de la Peña y Juan Carlos Comínguez, desplazaron a un sector de la vieja dirección, encabezada por Rubens Íscar y Oscar Arévalo, considerados los responsables por el reformismo del partido. En los propios partes que el PC enviaba a la reforma se puede apreciar el tono acusatorio que tomaron contra estos antiguos jefes comunistas.⁹ En

8. De acuerdo con el Estatuto del Partido Comunista se elige un delegado cada 10 militantes. Si tomamos como cifra total los 673 delegados elegidos durante la etapa pre-congresal podemos afirmar que para 1986 el PC contaba con 6.730 militantes efectivos.

9. Los grandes medios de comunicación vinculados a la clase dominante mostraron cierta preocupación por el rumbo que iba tomando el comunismo vernáculo. Así, la disputa interna entre “veteranos” y jóvenes “renovadores” no pasó inadvertida por los principales diarios nacionales. Durante todo este periodo fueron cubriendo con largas notas los vericuetos de los debates del partido, los movimientos que se producían dentro de sus filas y el curso que tomaba la línea. El XVI Congreso, por tanto, fue un momento que recibió especial atención. Un ejemplo, entre varios posibles, es la siguiente nota de *Ámbito Financiero* que se lamentaba y, en agosto de 1986, titulaba: “Reivindicación al Che Guevara y jefes subversivos. Ahora, en democracia, el comunismo habla de revolución”, para luego decir “curiosa historia la del Partido Comunista argentino. En estos días en que la Argentina atraviesa por un periodo democrático, a los comunistas se les ha ocurrido hacer una autocrítica de los comportamientos pasados resucitando personajes y señalando como hitos a ciertos hechos del pasado argentino que más valdría olvidarlos. El viernes pasado, en la esquina de Callao y Corrientes de la Capital Federal, [...] activistas de la Federación Juvenil Comunista [...] vivaron a sus líderes mientras entonaban una vieja consigna ‘ya van a ver cuando vengamos a los muertos de Trelew’. Los dirigentes muertos en la base Almirante Zar fueron miembros de la organización peronista Montoneros, FAR, FAP y ERP, todos acérrimos enemigos del PC. Estos datos no dejan de ser menos curiosos cuando también es conocido que los comunistas fueron los mejores aliados que tuvieron las Fuerzas Armadas antes y después del 24 de marzo de 1976 en su lucha contra la subversión”. Finalmente *Ámbito Financiero* cerraba la nota preguntándose: “¿Por qué ese cambio? ¿Por qué se ofenden finalmente si el presidente Alfonsín los denuncia públicamente por estar «en otra cosa»? El fantasma del retorno al pasado estaba presente. *Ámbito Financiero*, “Ahora en la democracia, el comunismo habla de revolución”, 25 de agosto de 1986.

uno de estos partes se afirmaba que Rubens Íscaro “tuvo la posibilidad de explayarse largamente para expresar sus conocidas posiciones críticas al proyecto político. Sus palabras fueron friamente recibidas por los congresales. A continuación hicieron uso de la palabra, refutando sus conceptos, el doctor Alberto Barcesat (director de la revista *Nueva Era*) y Miguel Ballato (secretario del PC de La Plata), quienes fueron ovacionados largamente con los delegados puestos de pie”.¹⁰ La sola contraposición entre “frialdad” y “ovación” dejaba constancia y preparaba el terreno para explicar la expulsión, la cual se concretaría en marzo de 1987, y presentarla como un acto unánime destinado a desterrar el estalinismo y el reformismo. En documentos internos posteriores, sin embargo, se reconocía que dichos dirigentes habían arrastrado consigo a varios militantes veteranos de distintas provincias, lo que matizaba la mentada soledad de los acusados. De hecho durante 1987 Íscaro consiguió estructurar una corriente disidente, el “Ateneo Rodolfo Ghioldi” que llamaba a “salvar al partido de su disgregación” y acusaba al Comité Central renovado de haber “asaltado la dirección y conducido al partido hacia el guerrillerismo y la ultraizquierda”.¹¹

“Un viraje no tan viraje”

La canalización de los debates por parte de la dirección del partido fue plasmada en los documentos congresales. El informe del Comité Central al XVI Congreso insistía en la necesidad de un “viraje” que debía entenderse como el reencuentro y ratificación del proyecto político revolucionario.

Cuando hablamos de viraje estamos diciendo que se restablece una línea revolucionaria, dejando atrás la desviación reformista y se levanta claramente ante las masas un proyecto propio. [...]

El conjunto de ideas que conforman la línea actual del partido retoma su trayectoria revolucionaria y coloca a este Congreso en la continuidad histórica con el fundacional de 1918, el octavo de 1928, que definió el carácter antiimperialista y antioligárquico de la revolución democrática, el XI Congreso, que trazó la línea de acción común con las masas peronistas bajo el lema de construir el Frente de Liberación Nacional y

10. Documentos del XVI Congreso, “Información para la prensa”, 5 de noviembre de 1986.

11. Véase una reproducción parcial del documento en *Clarín*, “Llaman a formar una línea interna en el PC”, 27 de octubre de 1987.

Social, y el XII que estableció la justa consigna “por la acción de masas hacia la conquista del poder”.¹²

De modo que no se trataba de romper con la estrategia y el programa histórico del partido sino de retomarlo. De esta manera, el “viraje” no era otra cosa que la reivindicación de las tesis escritas por Codovilla.

En relación a la caracterización sobre la naturaleza de la revolución en Argentina, la estrategia y la táctica, los documentos oficiales afirmaban que la llamada “revolución por etapas” había constituido un error porque el capitalismo estaba plenamente desarrollado. En consecuencia también había sido erróneo el Frente Democrático Nacional entendido como la herramienta táctica para la prosecución de la estrategia. En reemplazo, los documentos congresales proponían constituir un “*frente de liberación nacional y social*” que, finalmente, se impondrá como bandera del XVI Congreso. Sin embargo, esta consigna ya había sido propuesta en el XII Congreso realizado en 1962. También allí se planteaba la defensa de la democracia “con vistas al socialismo” y se promovía la “acción de masas” como vía para la toma del poder. Aunque introducía algunas correcciones, dejaba en pie lo esencial del Frente Democrático Nacional (FDN): la condición para el planteo del socialismo seguía siendo una revolución de liberación nacional que incluía a todas las clases sociales.

...nosotros llegamos a la conclusión de que en Argentina lo que estaba planteado era la revolución socialista pero de liberación nacional. Y que estaba planteado un frente muy amplio donde planteara la idea del frente de liberación nacional y social. Hicimos un intento de superación de la idea de la hegemonía absoluta de la clase obrera y planteamos un sujeto pueblo donde se integra la clase obrera, con los estudiantes, los intelectuales, los sectores medios y que puede ocupar a sectores muy importantes de la burguesía nacional.¹³

De manera que si comparamos esta definición con la del FDN veremos que eran los mismos sujetos a los que se interpelaba. La novedad de este proceso consistía en que se evaluaba que la burguesía nacional se encontraba fuertemente debilitada por el proceso de monopolización económica y por tanto el proceso de transformación sería dirigido por el sujeto “pueblo”. Ni clase obrera ni burguesía nacional. Era el pueblo en su conjunto, oprimido por el imperialismo, el que debía desarrollar las tareas de la liberación de la nación. Así, la burguesía seguía siendo

12. “Frente y acción de masas por la Patria liberada”, Informe del Comité Central del Partido Comunista al XVI Congreso, 4 de noviembre de 1986, p. 5

13. Entrevista a Patricio Echegaray realizada por la autora en mayo de 2010.

pensada como un sujeto más del frente y por esa vía se recuperaba el programa de FDN, (re)nominado *Frente de Liberación Nacional y Social*. Otro elemento político que cobró un énfasis nuevo fue la afirmación de la necesidad de apelar a la acción armada en caso de golpe de Estado.

...librar las batallas democráticas necesarias y si el enemigo se resistía entonces quedaban habilitadas otras formas de lucha.¹⁴

Aunque tampoco se trataba de una premisa novedosa, durante años había constituido una formulación sin aplicación práctica. Los grupos entrenados militarmente nunca habían entrado realmente en combate. De manera que su revalidación constituía una novedad y se vinculaba tanto al balance sobre la actuación del partido en el pasado reciente, como a la enorme influencia que ejercía el contexto continental moldeado por las experiencias de Nicaragua, El Salvador y Chile.¹⁵ Podría pensarse que así como Cuba había concentrado la atención y la imaginación de la generación que nacía a la política en las décadas de 1960 y 1970, la revolución en Nicaragua y el proceso de convulsión en Centroamérica suscitó grandes expectativas para los jóvenes del decenio de 1980.

Pero además, la posibilidad de un enfrentamiento armado en Argentina era sensible a una caracterización política que sobredimensionaba la capacidad de los militares argentinos para promover un nuevo golpe de Estado.¹⁶

...cuando hubo el intento de golpe de Rico, en Semana Santa, el gobierno radical se quejaba de que estaba indefen-

14. Entrevista a Patricio Echegaray realizada por la autora en mayo de 2010.

15. En Nicaragua el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) llegó al poder en 1979 encabezando una insurrección popular que derrocó a la dictadura de Anastasio Somoza. En El Salvador el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) se convirtió en una fuerza beligerante con capacidad de poner en jaque al régimen dictatorial. Dichos sucesos repercutieron con fuerza al interior de los partidos de izquierda en América Latina y fueron un factor importante a la hora de decidir la implementación de la llamada Política de Rebelión Popular (PRP) del comunismo en Chile que daría lugar a la posterior creación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR).

16. De todos modos, la predisposición a interpretar las presiones militares en clave de preparativos para un nuevo golpe se extendía a todo el "progresismo". Por ejemplo, *El Periodista de Buenos Aires* denunciaba en una de sus portadas la preparación de una "noche celeste y blanca" que culminaría en una "noche de San Bartolomé"; según el semanario, "múltiples atentados sembrarían el terror con el propósito de desbordar la capacidad del gobierno para controlar la situación"; *El Periodista*... año 2, 3 de mayo de 1985.

so, que no tenía cómo defenderse, entonces nosotros fuimos y le dijimos, 'bueno nosotros nos ponemos a disposición...', y llegado el momento le ofrecimos dos compañías para pelear. Pero eso no es nada, nada muy especial, todo el mundo sabía que el Partido Comunista y la Juventud Comunista tenían entrenamiento político y militar al mismo tiempo.¹⁷

Frente a la amenaza de golpe el PC no dudaba en ponerse detrás de las necesidades del gobierno de Alfonsín. Tres años más tarde, el 23 de enero de 1989, con el mismo argumento, un comando guerrillero irrumpió en el cuartel de La Tablada simulando una sublevación militar con el propósito de generar un proceso de insurrección civil que frenara los planes de otro golpe, esta vez auténtico, que se preparaba entre sombras. El comando pertenecía al Movimiento Todos por la Patria (MTP)¹⁸ que se había desarrollado al calor de la experiencia nicaragüense y, como el PC, planteaba una singular fusión entre la defensa de la democracia como condición para la liberación nacional y la reivindicación de la lucha armada en caso de necesidad.¹⁹ El ambiguo papel dado a la violencia fue uno de los elementos de disenso durante y posteriormente al Congreso. Los militantes más antiguos, sobre todo el grupo expulsado, entendían que las renovadas simpatías hacia la lucha armada podían culminar en un ingreso del partido en el "guerrillerismo". Para un sector de la juventud, en cambio, el desencanto sobrevino al descubrir la poca disposición de la nueva dirección para llevar a la práctica esa nueva combatividad.

La participación de la FJC en Nicaragua también había alentado la imaginación de un sector de la militancia que esperaba profundizar esa experiencia mediante la reorganización de un brazo armado listo para entrar en combate. Colaboró en la conformación de aquella tendencia el ingreso de numerosos militantes que provenían de experiencias diversas y que habían quedado sin organización. Muchos de ellos, desencantados de sus propias organizaciones, se sumaron al PC para dar continuidad a

17. Entrevista a Patricio Echeagaray realizada por la autora en mayo de 2010.

18. El Movimiento Todos por la Patria (MTP) fue gestado en el exilio nicaragüense, en plena revolución sandinista en la cual Gorriarán Merlo había tomado parte importante. El MTP era un punto de referencia, tanto como podía serlo entonces un agrupamiento que se pretendía amplio, capaz de incluir a peronistas, radicales, socialistas, intransigentes, ex comunistas, ex guerrilleros y a una amplia variedad de migrantes de las corrientes más diversas.

19. Varios entrevistados sugirieron que la dirección del PC estaba al tanto de los planes del MTP ya que venían siguiendo la "cuestión militar" desde un enfoque común. Incluso durante el levantamiento "carapintada" de Villa Martelli el 1 de diciembre de 1988 habrían participado militantes de ambas organizaciones en actividades comunes.

los proyectos armados derrotados. Por ejemplo, Lito Borello que provenía de las FAR cuenta que se sumó al PC entusiasmado por la política del “viraje” y el acercamiento a los procesos de Centroamérica:

Fueron muy difíciles para mí los años de la dictadura, sintiendo la orfandad de organización. Lo mío era muy clásico: cristiano y montonero y se vio todo muy difícil. [...] Yo había sido muy anti PC por la posición que habían tenido durante la dictadura militar. Por lo tanto me resultaba contradictorio en algunas cosas, pero a la vez yo valoraba algunas cosas. Que eran muy “orga”. Tenían plata, tenían aparato, tenían relaciones internacionales y tenían fierros. Eso me llevó pero de manera a la vez muy crítica, porque notaba que había una apertura y me resultaba mucho más abierto de la idea que yo tenía. [...] Me incorporo buscando una continuidad y todo el debate del XVI congreso provoca en mucha gente que veníamos de otras organizaciones un proceso de autocritica. De alguna manera el PC canaliza el debate de toda la izquierda. En el debate del XVI Congreso muchos ven el debate de los 70 y muchos viven ese debate de esa manera.²⁰

Sin embargo, la dirección del partido alentaba estas tendencias tanto como las constreñía dentro de los límites de una política que no se apartaba de sus posiciones históricas. El frente seguía siendo considerado en función de tareas agrarias y antimonopolistas y en defensa de la democracia participativa. De esta manera la rehabilitación de la violencia como herramienta de lucha válida sólo podía ser pensada si el orden democrático era cuestionado o suspendido.

La política de frente

Uno de los elementos más novedosos del proceso de revisión era el acercamiento a las fuerzas de izquierda. En 1985 quedó conformado junto al Movimiento al Socialismo (MAS) el Frente del Pueblo (FREPU). La tan mentada “unidad” por primera vez interpelaba a la izquierda sin dejar de lado la búsqueda de ampliar el frente incluyendo a sectores del peronismo que, según el PC, formaban parte del arco “combativo”. La búsqueda de aliados de izquierda en reemplazo de los partidos de la burguesía se hacía sin modificar por eso las tareas políticas que debía asumir dicho frente en caso de alcanzar posiciones de poder. Dicho de otro modo, la concreción de alianzas con la izquierda no significaba el

20. Entrevista a Lito Borello realizada por la autora en marzo de 2010.

abandono de la política de frente de liberación nacional y por tanto de la apelación a la amplitud con que se debían operar.

En abril de 1987 el MAS decidió apartarse del FREPU y desde entonces el PC impulsó el Frente Amplio Progresista, FRAL, junto al Partido Humanista (PH) y sectores del peronismo como el Movimiento 26 de julio. La propia orientación del FRAL ya implicaba una amplitud mayor en la composición de las alianzas y un desplazamiento ideológico hacia la centroizquierda. Era un lento retorno a la histórica política de alianzas amplias. Desde mediados de 1986 el PC venía enunciando la necesidad del ampliar el FREPU e instaba a que el MAS abandonase los “sectarismos” y aceptase incorporar al Partido Intransigente, a los radicales enfrentados a la política oficial, a la masa católica enfrentada a la conducción clerical y al peronismo combativo, críticos de la “renovación”. El FRAL, finalmente integrado por doce agrupaciones de las cuales solo el PC y el PH tenían personería, se presentó a las elecciones legislativas de 1987 obteniendo resultados magros en relación con las expectativas creadas.²¹ Sin embargo, fue la propia crisis interna del PC, la cual se agudizaría desde entonces, la que puso en cuestión la continuidad del propio frente.

En el plano del movimiento obrero, la política frentista desde un inicio tendió a priorizar los acuerdos con sectores peronistas en lugar de construir con la izquierda, lo cual hubiera implicado, al menos mientras existió el FREPU, una unidad de acción superior al mero acuerdo electoral. Según el PC se trataba de (re)construir un sindicalismo de liberación que “no ha sido destruido pese a los duros golpes infligidos por la reacción. [...] Lo fundamental de este espacio combativo se expresa a través de la identidad peronista. Por lo tanto la política de construcción del sindicalismo de liberación es inseparable hacia el espacio combativo y revolucionario del peronismo”.²²

En la lectura del partido, la burocracia sindical anidaba fundamentalmente en la 62 Organizaciones. Por eso, en algunos gremios el PC se alió con la Comisión Nacional de los 25, muy cercana a Ubaldini, o acordaron alianzas con agrupaciones peronistas independientes. Estos acuerdos, sin embargo, mostraban otro rasgo de continuidad con la política histórica del PC y los llevó a enfrentar en varios sindicatos, por ejemplo el SMATA (donde estaba aliado a la conducción), a otras listas conformadas por partidos de izquierda (Lucita, 1985). Esta posición,

21. A nivel nacional alcanzaron el 1,39% mientras que en Capital Federal llegaron al 3,17% quedando por detrás del PI (4,34%) y apenas arriba del MAS (2,58%). En provincia de Buenos Aires, en cambio, quedó ubicado debajo de las otras dos fuerzas políticas con el 1,67%. En el resto del país los porcentajes no alcanzaron al 1% en ningún caso.

22. Resolución del Comité Central del PC del 31 de marzo de 1987.

que como hemos dicho no era nueva en el partido, había derivado en un seguidismo al peronismo que lejos de haber creado las condiciones para la ruptura de los trabajadores con esa corriente la obliteraba prolongando sus ilusiones. Dicho de otra manera, el PC consideraba que como los trabajadores eran peronistas correspondía interpelarlos a partir de esa misma “identidad”, en lugar de trabajar sobre la base de una delimitación con esta corriente para que la clase obrera se uniese con la izquierda. De esta manera, desde los años 60, momento en que el partido comenzó a caracterizar el “giro a la izquierda del peronismo”, que no era otra cosa que admitir que los trabajadores peronistas estaban radicalizando sus posiciones, el comunismo buscó acercarse a esos trabajadores pero ya no instándolos a que rompan con el peronismo, al contrario, ratificaban que podía ser un vía de organización combativa y así se prolongaban las ilusiones en él.

La lucha de tendencias

Durante los primeros meses de 1987 quedaba claro que una nueva dirección había asumido en el Partido Comunista. Liderada por Athos Fava, en compañía de los dos últimos Secretarios Generales que había tenido la FJC, Patricio Echegaray y Jorge Pereyra, se sumaban una treintena de jóvenes entre los cuales estaban Eduardo Sigal, Jorge Prigoshin, Carlos Azzaritti y Silvio Schaster. Asimismo Sigal dejaba la Secretaría General de la FJC en manos de Alejandro Mosquera, que era a su vez acompañado por Claudia Korol, Adrián Levendicker y Oscar Laborde, entre otros.

Sin embargo, conforme transcurría el tiempo y comenzaban los preparativos para el XVII Congreso, el cual exigía un obligado balance acerca de la puesta en funcionamiento de la línea definida desde 1986, quedaba de manifiesto que existía un profundo disenso sobre cómo interpretar el “viraje” y sobre el tipo de organización en que tenía que transformarse el PC. Así, lo que comenzó siendo una polémica fraternal culminó en idas y vueltas plagadas de acusaciones mutuas que, desde 1988 y sobre todo durante 1989, tornó improbable la convivencia. Las rupturas comenzaron a tornarse una realidad.

El estallido ocurrió al interior del propio Comité Central conformado por el grupo que impulsó y se transformó en referente del “viraje”. Si bien con el tiempo los debates involucraron a toda la militancia, lo cierto es que durante varios meses las bases del partido avanzaron en medio de una fuerte confusión y sin las herramientas para alcanzar a medir la profundidad de la crisis palaciega.

Hacia 1989 estaba claro que convivían tres corrientes al interior del CC. El grupo mayoritario tenía como principales referentes al Secreta-

rio General, Patricio Echegaray, al Secretario de Organización²³ Jorge Pereyra y al presidente partidario (un cargo honorífico creado en abril de 1989), Athos Fava, quien representaba una especie de puente entre la vieja y la nueva dirigencia. Estos proponían una defensa cerrada de lo actuado desde el último congreso y aspiraban a que el PC se transformara en el eje de un frente de izquierda amplio. En la FJC los representantes más fieles de esta corriente eran Alejandro Mosquera y Claudia Korol. Fue esta corriente la que mantuvo el control del partido una vez producida la ruptura al año siguiente.

La primera corriente disidente que surgió tenía como principales referentes a Francisco Álvarez, miembro de la Comisión Política; Jorge Prigoshin, director del periódico partidario; Marcelo Arbit, responsable de derechos humanos, y Enrique Dratman, vicedirector del matutino *Sur*. Este grupo proponía una apertura del debate interno y consideraban necesario disolver el PC en el marco de una nueva formación política que reuniese a las distintas expresiones de la izquierda, a sectores del peronismo y aun del radicalismo.

Finalmente, la tercera línea hacía un fuerte hincapié en la democracia interna y denunciaba que el estalinismo no había muerto con el XVI Congreso. Esta tendencia estaba encabezada por el secretario de Acción Política, Eduardo Sigal y por el secretario de Propaganda, Ernesto Salgado. También se sumaba el responsable de la Regional Sur Jorge Garra, quien había sido el jefe de las Brigadas del Café, y Miguel Ballato.

A medida que se acercaba la fecha para la realización del XVII Congreso, pactado para fines de 1990, los debates fueron cada vez más virulentos. Sin dudas, las graves acusaciones mutuas que iban desde la traición hasta las sospechas por el supuesto uso indebido de los fondos partidarios fueron achicando el margen de posibilidad de arribar a un acuerdo. Asimismo, todas las tendencias intentaban imponer su propio criterio para la elección de delegados sobre un total de 12.000 militantes (según cifras oficiales). Cada tendencia, a su vez, era poderosa en diferentes sectores del partido y tenía capacidad de traccionar a la militancia, la cual en muchas ocasiones participó del debate respaldando a una u otra corriente y en otras fue apenas una voz solitaria y confusa que no alcanzaba a comprender la dimensión de lo que estaba sucediendo. Fue gracias a las quejas de la militancia, que seguía el debate más por los medios nacionales que por las comunicaciones del partido, que en 1990 comenzó a circular un boletín interno denominado "opiniones con nombre propio" con el fin de democratizar la discusión. Sin embargo,

23. Debe decirse que el cargo de Secretario de Organización era muy importante. Aunque llevaba adelante tareas de poco brillo y exposición le permitía manejar las estructuras claves en el funcionamiento del PC como las finanzas, la administración de bienes y la seguridad.

sería el preludio del fin, una elaboración colectiva destinada a sacar la única conclusión posible: cada quien debía seguir su camino. En los años que siguieron fueron cada vez más numerosos los contingentes de militantes que con mayor o menor grado de cohesión rompieron con el partido. Finalmente, la caída del Muro de Berlín (9 y 10 de noviembre de 1989) y la disolución de la URSS fueron el golpe de gracia para un partido que ingresaría a la década de los 90 profundamente debilitado.

* * *

Durante la etapa que precedió a la realización del XVI Congreso, el Partido Comunista asistió a un proceso de deliberación interna de características inéditas. La pesada carga simbólica de la dictadura militar fue decisiva y, por tanto, resultó perentorio poner por escrito y explicitar, hacia adentro y hacia fuera, hasta qué punto “se habían equivocado”. En tal sentido, todos los documentos de la época dejan ver la necesidad de saldar cuentas con el pasado. No solo la reivindicación de los métodos violentos para defender un orden constitucional, también la nueva actitud hacia la izquierda, por primera vez convocada para conformar una alianza electoral, formó parte del esfuerzo colectivo por reparar la imagen del partido.

En tal sentido, sostuvimos que las propuestas del llamado “viraje revolucionario” fueron el intento oficial por resolver la crisis conteniendo varias de las críticas y las propuestas extendidas entre la militancia. No obstante, en nuestra visión, fueron más numerosos los elementos de continuidad que los de ruptura. Con relación a la revalidación de la violencia, la singularidad radicaba en la combinación de un programa democrático con la posibilidad cierta de tomar el camino de las armas frente a un golpe de Estado o la amenaza de tal. En el marco del llamado “viraje”, su rehabilitación teórica como herramienta legítima anhelaba heredar el espíritu revolucionario de los años 70 en contraste con las posturas sostenidas durante la dictadura. Sin embargo, la violencia que reivindicaban no podía significar un retorno al pasado, fundamentalmente porque los objetivos que perseguía no eran los mismos. Dicho de otro modo, el hipotético ingreso a la lucha armada se legitimaba en el gran desafío colectivo de la generación de los años 80: la construcción de una sociedad democrática. La violencia era pensada en función de la defensa de un régimen político y, en ese sentido, el distanciamiento con la izquierda “setentista” no podía ser mayor. En cambio, estas posturas entroncaban a la perfección con las posiciones que el partido había sostenido durante toda su historia, a lo largo de la cual muchas veces había dicho y repetido que frente a una dictadura todos los medios de lucha eran viables.

Tampoco la reflexión teórica sobre el carácter de la revolución en Argentina y la estrategia y tácticas a emplear presentaron grandes cambios. Aunque formalmente se anunció un abandono del Frente Democrático Nacional, por su contenido, por los sujetos llamados a conformar el Frente de Liberación Nacional y Social, la nueva batería de herramientas se asemejaba a la anterior. El planteo sobre la necesidad de confluir con un arco “popular” en reemplazo del viejo epíteto “progresista”, cuyos contornos seguían siendo indefinidos, dejaba abierta la posibilidad de converger con sectores muy heterogéneos y alejados de las tradiciones de la izquierda. De hecho, como hemos intentado demostrar en este trabajo la política de alianzas del PC fue desplazándose de la izquierda a la centroizquierda en una especie de lento retorno al pasado que se decía dejar atrás.

Con todo, en la autopercepción de los militantes la etapa del “viraje” constituyó una verdadera revolución interna y, por eso, el PC sostiene que el XVI Congreso fue un momento de reencuentro con las tradiciones revolucionarias y con los idearios latinoamericanos. Inclusive para aquellos que luego renunciaron al partido, los primeros años de la democracia fueron ricos, plenos de expectativas. Sin embargo, en los años subsiguientes sobrevinieron las rupturas. De arriba hacia abajo, desde el Comité Central hacia las células, grupos enteros o militantes sueltos abandonaron paulatinamente las filas del Partido Comunista. En aquella crisis se combinó lo endógeno y lo exógeno. Las críticas explicitadas en aquel noviembre de 1986 habían desplazado a un “viejo” sector considerado el responsable del reformismo del partido. Pero más temprano que tarde se puso de manifiesto que la reflexión había sido superficial y que dejaba fisuras lo suficientemente grandes para que cada quien le diese al “viraje” su propio contenido. Finalmente, la caída de la URSS y su impacto objetivo y subjetivo sobre la izquierda mundial agregaron leña a un fuego que ya ardía con fuerza.

Bibliografía

- Aguila Gabriela (2009), “El Partido Comunista Argentino entre la dictadura y la transición democrática (1976-1986)”, *Revista de Historia Actual*, n° 6, Universidad de Cádiz.
- Browarnik, Graciela (2009), “Sangre roja. Un estudio acerca de la transmisión de la tradición del Partido Comunista argentino durante la última dictadura y la posdictadura”, *Testimonios*, año 1, n° 1, invierno.
- Campione, Daniel (1996), “Los comunistas argentinos. Bases para reconstruir su historia”, *Periferias*, año I, n° 1, segundo semestre.
- Casola, Natalia (2012), “Estrategia, militancia y represión. El Partido Comu-

- nista durante la última dictadura militar en Argentina (1976-1983)", tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- Fernández Hellmund, Paula Daniela (2010), "Relaciones internacionales, juventudes políticas y solidaridad durante la Revolución Popular Sandinista (1979-1990). Una mirada antropológica", *Actas del Xº Congreso Centroamericano de Historia, "Las aportaciones de la historia a la integración e identidad de los pueblos centroamericano y del Caribe"*, Managua, 12 al 15 de julio.
- Gilbert, Isidoro (1994), *El oro de Moscú. La historia secreta de las relaciones argentino-soviéticas*, Buenos Aires: Planeta.
- (2009), *La Fede. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista, 1921-2005*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Lucita, Eduardo (1985), "Elecciones sindicales y autoorganización obrera en la Argentina", *Cuadernos del Sur*, n° 3, Buenos Aires, julio.
- Schulman, José (2008), *Los laberintos de la memoria*, Buenos Aires: El Folleto.

* * *

Resumen: Durante el XVI Congreso de noviembre de 1986 se formularon una serie de proposiciones que tenían por finalidad corregir las "desviaciones de derecha" producidas durante la última dictadura militar y que, según parecía ser la opinión mayoritaria, habían sido responsabilidad de la "vieja" dirección del partido, compuesta por dirigentes anquilosados. Para un sector importante de la militancia el Congreso debía reorganizar al comunismo sobre bases nuevas, más radicales y a tono con los vientos de lucha que recorrían América Latina. El presente artículo se propone analizar el contexto de crisis y deliberación interna que atravesó al PC durante el periodo pre y pos congresal, para luego examinar los principales nudos de revisión programática plasmados en aquellas jornadas.

Palabras Claves: Partido Comunista – crisis – XVI Congreso

Abstract: During the Communist Party's 16th Congress, held in November 1986, a series of propositions were designed in order to correct the "right deviations" that had taken place in the party line during the military dictatorship of 1976-1983. Those deviations, it seemed to be the majority opinion, had been the responsibility of the "old" party leadership, composed of obsolete leaders. For an important part of the membership, the Congress had to reorganize Argentine communism upon new and more radical foundations, in tune with the winds of struggle that roamed Latin America. This article analyzes the context of crisis and internal deliberation the CP went through before and after the congress, and also examines the main programmatic revision topics those days witnessed.

Keywords: Communist Party – crisis – XVI Congress

Recepción: 4 de julio de 2014. **Aprobación:** 6 de agosto de 2014.